

# LA BELLEZA COMO ACTO DE PIEDAD

José Luis del Barco

**Summary:** BEAUTY AS AN ACT OF PIETY. This article alludes to the platonic tradition of ethics and art unity. It is not in agreement with the opposers of this idea, as writer Oscar Wilde, marxist thinkers Luckács and Brecht, and Matthew Amold, who suggest that art supplants religion. **The author's** view is based on examples extracted, among others, **from** Tolstoy, Dostoievski, Bécquer and Holderlin. He insists that art, as ethics, helps to rediscover the essence of life, **truth**, novelty and, above, all, creates astonishment in a process that conveys to God's adoration.

**Key words:** Beauty. Platonic union. Truth. Essence of life. Ethics. Aesthetics. Piety.

**Résumé:** LA BEAUTÉ EN TANT QU'ACTE DE PIÉTÉ. L'article fait allusion A la tradition platonicienne de l'union de l'éthique et de l'art. Il n'est pas d'accord avec ceux qui s'opposent à cette idée, comme l'esthéticien Oscar Wilde, les marxistes Lukács ou Brecht, et Matthew Amold; ce dernier suggère que l'art supprime la religion. La position de l'auteur s'appuie sur les exemples tirés, parmi d'autres, de l'oeuvre universelle de Tolstoy, Dostoïevsky, Becquer et Holderlin. Il insiste sur le fait que l'art, comme l'éthique, aide A redécouvrir l'essence de la vie, la vérité, la nouveauté et, surtout, qu'il produit l'émerveillement; et, par suite, il peut conduire à l'adoration de Dieu.

**Mots-defs:** Beauté. Union platonique. Vérité. Essence de la vie. Éthique. Estétique. Piété.

## 1

Sólo es posible la ética para un ser inigualable, excepcional, asombroso, de padre y muy señor mío, que se entretiene en lo inútil. Lo mismo le ocurre al arte. Para hacer versos y rimas, pintar el agua y el aire, grabar el alma en la piedra o componer serenatas y tocarlas por la noche cuando la luna argentada asoma por la arboleda, es preciso hacer un alto y desatender lo útil. El arte, como la ética, exige dejar a un lado lo práctico y ventajoso. El arte nació en buen día –¿reluciría la luz más lustrosa y más radiante en una atmósfera limpia con el aire transparente embalsamado de aromas?– en que el hombre sintió pena al ver que sus utensilios –cubos, vasijas, perolas, recipientes y cucharas– sólo cumplían su función sin hermostrar el mundo y decidió de repente embellecerlos despacio, con labores y grabados, con dibujos y pinturas, sin hacer caso ni importarle que la belleza añadida fuera un accesorio inútil. Desde entonces no ha parado de embellecer lo que toca. Lo útil le sabe a poco. Además lo quiere bello. Arte, ética e inteligencia coinciden en una cosa. Los tres suprimen lo útil y apartan el interés. Voy a tomarme un respiro y hacer una digresión sobre el parentesco de la ética y el arte.

## 2

La unión del arte y la ética es una cosa sabida. Hay quien la niega en redondo. Entre todos se destaca Oscar Wilde: “el artista no tiene”, afirma rotundo el pulido escrito, “simpatías éticas”. En el prefacio a *The Picture of Dorian*

Gray remacha su idea esteticista. Los libros no son ni morales ni inmorales. Tan sólo están bien escritos o son unos adefesios. La vida moral del hombre es un tema más del arte. La moralidad del arte posee un natural estético: el uso perfecto de un medio imperfecto.

Me parece exagerada la obstinación de Oscar Wilde, que se mantiene en sus trece, sin dar el brazo a torcer, en considerar el arte como un terreno apartado, metido en su propia concha, aislado e incomunicado en su torre de marfil, degustándose a sí mismo y mirándose el ombligo. Como un artista que es, de los más grandes y espléndidos, hincha su propia opinión y carga un poco la mano. Por eso presenta el arte como una región autónoma. El arte es independiente, libre y desembarazado. Governa sobre sí mismo sin preocuparse de nada. La moral le trae al fresco y le importa un bledo el bien. ¿Sólo un sentimiento estético producen las obras bellas? ¿Deja frío al espectador la creación del artista? ¿No lo conmueve y agita? ¿No lo entristece y alegra, entusiasma y alborota? ¿No lo apasiona, deprime, avergüenza, envalentona, acobarda, intranquiliza, reconcilia y pacifica? ¿No infunde amor por lo justo y odio por las injusticias? ¿No hace mejor ni peor? ¿Es que son el bien y el mal, como adoctrinaba Nietzsche, “ilusiones trasnochadas” que están de más en el arte?

## 3

Artistas de tanta alcurnia como la que tiene Wilde sostienen otra opinión. Yo no creo que el creador esté obligado a pasarse. Ni a ir demasiado lejos, inflar o hiperbolizar. Pero en este

crítico asunto, la vinculación sutil de la ética y el arte, miran con cristal de aumento. Unos, melindrosos y mirados en los problemas estéticos, propugnan la autonomía. El arte es un mundo aparte. Otros, seducidos por la idea de que el artista es maestro, creen que el arte ha de ejercer una función pedagógica. Aristóteles, Plutarco o Platón sobrestimaban el arte. Lo mismo que hace Oscar Wilde, pero en dirección contraria. Les parecía inmovible su huella en el espectador. El poeta era el maestro. De él se aprendía de la vida. La moral y la política eran enseñanza suya<sup>1</sup>. Por eso es duro Platón-censor, intolerante, implacable- con el arte y la poesía. Cree que el efecto moral del arte sobre las almas es directo y duradero y decide hacer la criba. Los que no infundan valor, agallas o atrevimiento quedan fuera de su Estado.

Tolstoy es, en nuestra época, quien más fuerzas ha gastado en difundir la opinión de que la moral y el arte son el uno para el otro. El arte influye con fuerza en el corazón del hombre. Lo sugiere, camela, mediatiza, predispone. Cuando la influencia es honda, ablanda hasta el pecho duro y lo maneja a su gusto. El arte, como el buen vino, alegra, embriaga, marea. La principal emoción del arte sobre la audiencia, dice Tolstoy, convencido, es de carácter moral. Los corazones palpitan cuando los toca lo bello. Pero su palpito es ético. Los trastorna la belleza. Pero la belleza buena. Tan sólo lo bueno es bello. Cuando el arte representa el amor entre los hombres, o el sentimiento fraterno de la vida solidaria, es cuando es un arte bello. Y es un arte repugnante, feo, deforme, antiestético, cuando transmite a los hombres sentimientos reprobables: el orgullo, el descontento, la lujuria o la avaricia. En *¿Qué es el arte?*, una obra intransigente, Tolstoy reprueba y censura su producción anterior. Sobre sus grandes novelas, *Guerra y paz* y *Ana Karenina*, dicta sentencia de

muerte. Sólo dos breves relatos, *El prisionero del Cáucaso* y *Dios sabe la verdad pero aguarda*, salva Tolstoy de la quema. ¿Por qué el duro veredicto? Porque el arte y el artista han de cambiar sin descanso. La transformación estética le corresponde a la ética. La ley que gobierna el cambio del creador y su obra es de carácter moral. La tarea más importante para el arte y el artista es realizar la bondad. Si el potencial ético del arte no da de sí lo que debe, se cambia lo que haga falta. Así de áspero es Tolstoy. Tolstoy, como Oscar Wilde, se pasa un poco de rosca.

#### 4

Entre estas dos posiciones, extremosas y exaltadas, se sitúa una tercera. Se trata de una doctrina mucho más sofisticada. Es un pensamiento estético pensado y elaborado. No despacha la cuestión de manera expeditiva ni cortando por lo sano. Como teoría discreta, mide muy bien las palabras. Da a cada uno lo suyo. Al arte lo que es del arte y a la moral lo que es suyo. Tanto la tesis marxista como la de Matthew Arnold, de las que paso a ocuparme, juegan al tira y afloja. Practican el ten con ten para quedar bien con todos. El arte es un orbe autónomo. Pero sin autonomía completa. Puede, sin merma de independencia, tener relaciones claras con la moral y la ética.

Hay un error de principio en asignar al marxismo una opinión unitaria sobre el enlace incierto entre el arte y la moral. Los marxistas son legión. Estudiosos precavidos, que miran lo que se hacen, han repetido cansinos que no hay un solo marxismo. De las teorías marxistas sobre la esencia del arte se ha ocupado D. Laing, y D. Forgacs se entretuvo en ofrecernos la lista de concepciones marxistas sobre la literatura<sup>2</sup>.

1 Cfr. RUSSELL, D. A., *Criticism in Antiquity*, London 1981.

2 Cfr. LAING, D., *The Marxist Theory of Art*, Hassocks, Sussex 1978. FORGACS, D., *Marxist Literary Theories*, en HERSON, A. J., and ROBESY, D., (eds.), *Modern Literary Theory*, London 1986, págs. 166-203.



Tampoco es cierto del todo atribuir al marxismo una teoría moral. Para el marxista genuino, de pura sangre y con denominación de origen, la moral es una parte de una estructura compleja. Considerarla apartada del entramado intrincado de relaciones sociales, de intereses económicos y pretensiones políticas, es un prejuicio burgués. Empeñarse en descubrir las relaciones ocultas entre el arte y la moral es también manía burguesa. Sólo existe relación, insiste, dale que dale, el obcecado marxista, entre el arte y "lo social".

Lo importante es distinguir entre la base económica y la superestructura. Esa es una idea marxista metida entre ceja y ceja. A la base pertenecen cosas que ahora no importan: la producción económica, las relaciones sociales a las que obliga, implacable, el sistema productivo y la relación tirante del capital y el trabajo. Y a la superestructura, lo más fino y exquisito de la realidad social: instituciones políticas, el derecho y la justicia, y esa creencia halagüeña de la propia sociedad sobre su modo de ser que se llama ideología. Dentro de la ideología, como esfera original de autonomía relativa, se halla circunscrito el arte. Por eso, al fin y a la postre, el arte es para el marxista algo de segunda fila. Por autónomas y bellas que sean las formas artísticas, "dependen", a fin de cuentas, de la estructura económica. La realidad de verdad es la base productiva. Lo demás es un reflejo. Destellos oscurecidos de la estructura económica son el arte y la moral. El arte es como un espejo de la realidad social. Si la retrata fielmente, si es espejo en que mirarse, no quintaesencia burguesa elegante y de buen tono para enmascarar el mundo de la explotación salvaje, entonces es arte bueno. Representa la belleza y tiene efecto moral. El arte fiel a la tierra y a la estructura económica, que refleja la injusticia del feroz capitalismo y el grande y buen corazón del paraíso proletario, tiene un potencial ético casi inagotable. Su misión es ayudar a que nazca el mun-

do nuevo de la sociedad sin clases. Por eso el arte es moral.

En sus días obedientes a la fe del comunismo, cuando era como una malva a la ortodoxia marxista, Lukács defendió con brío el realismo socialista. Creía que el arte era paja si se apartaba del mundo. En vez de andar por las nubes, debía ser el espejo que reflejara la imagen –admirable, encantadora, atractiva, interesante, incitadora a la acción– de la utopía comunista. La novela realista de la primera mitad del siglo XIX le parecía vagarosa. La tenía por un relato de ideales literarios. Y los ideales son ensoñaciones burguesas que inhiben y paralizan. No sirven para la acción. Criticó con gran dureza a los innovadores de este siglo. No tenía en gran estima a figuras como Franz Kafka, James Joyce o Samuel Beckett.

Lukács creía a pie juntillas en la escasa aportación del método innovador. Estos creadores chocantes, deformes y estafalarios, con aires reformadores y un ánimo explorador para inventar formas nuevas, difundían el nihilismo. Un aire debilitado, decadente y abatido, de ruina y desesperación, emanaba de sus obras. Y eso no contribuía a la causa socialista, que requería dinamismo. Por eso le parecía que era un arte inmoral<sup>3</sup>.

A un correligionario suyo, el poeta y dramaturgo Bertolt Brecht, no le parecían muy bien las proclamas categóricas contra el arte innovador. En su escrito contra Lukács manifiesta su disgusto y explica los fundamentos de su innovación dramática. Como creador teatral se interesaba ante todo por el efecto del drama en el espectador. Como revolucionario comprometido con la causa comunista, quería mover a la acción. A la unión de las dos cosas la llamó teatro épico. El teatro tradicional –dramático

3 Cfr. LUKÁCS, G., *The Meaning of Contemporary Realism*, London 1962.

lo llama Brecht— dispone al espectador a hacer suyo el sentimiento que interpretan los actores. La audiencia vive emociones que el actor muestra en la escena. Hace suya las pasiones, los dolores y alegrías que la trama le presenta. Brecht quiere que su teatro haga a los hombres conscientes. No le parece moral que abriguen figuraciones. No quiere que sus tragedias muevan al espectador a tener sueños dorados. Ni castillos en el aire. Quiere que el espectador perciba que la tragedia es un juego y se sitúe frente a ella como frío observador. Si cuando observa la obra tiene los ojos abiertos, llegará a la conclusión de que todo es una broma. Serio es lo que ocurre fuera. El teatro ha de servir para que el espectador, que contempla en el teatro con frialdad de entomólogo representaciones fieles de la injusticia social —eso es lo penoso y serio, no el camelo del teatro—, salga a la calle enrabiado, bufando y hecho una fiera, dispuesto a hacer cualquier cosa para transformar el mundo. El teatro que transforma al espectador neutral en un revolucionario, comprometido hasta el cuello con la ideología obrerista, es un teatro moral. Si no, no vale la pena.

## 5

La opinión de Matthew Arnold difiere de la marxista. Arnold cree que el arte es bello si expresa fines morales, si ofrece formas de vida serias, francas y sinceras. En un ensayo magnífico, dedicado a la poesía, su verdadero interés, hace un vaticinio audaz. El sino de la poesía es ocupar el espacio que hasta ahora han ocupado filosofía y religión. "La humanidad descubrirá poco a poco la necesidad de volver a la poesía para encontrar el sentido de la vida y hallar consuelo"<sup>4</sup>. La poesía más bella es la que mejor las desbanca. El poema más estético es aquel que

más consuela. La estética y la moral marchan juntas para siempre. El lirismo de un poema es su contenido ético. Arnold estaba convencido, como lo estaba Wordsworth, de que la sustancia poética, que sólo es pulcra y hermosa cuando es sincera y veraz, está unida estrechamente a la excelencia formal. Un alto ideal moral requiere un estilo bello. Un estilo incomparable precisa aliento moral.

La tesis de Matthew Arnold es más endeble, si cabe, que la posición marxista. Es frágil e inconsistente. No está para muchas fiestas. Muchos son sus puntos débiles. Conceptuar la religión tan sólo como consuelo es tomar el rábano por las hojas. Por supuesto que consuela, conforta, alivia, cobija. Pero eso sólo es posible si existe un Dios providente que se acerca hasta los hombres y carga con sus miserias, un Dios justo y bondadoso, como el que invocaba Mann una mañana de mayo en su estudio muniqués junto a la orilla del Isar, al empezar el relato del amigo fallecido, Adrian *Leverkühn*, cuyo pacto desquiciado, loco y sin pies ni cabeza con el demonio perverso narra de modo exquisito el novelista de Lübeck en su *Doktor Faustus*<sup>5</sup>.

No. No es la religión un medio de ahuyentar el desconsuelo. No es bálsamo, lenitivo, calmante o quitapesares. Y no lo es, porque los medios son buenos por su eficacia. Con tal de que "por su medio" se consiga el objetivo, ¿qué más da que sean arteros? Los medios son eficaces. Lo que importa es su eficiencia, aunque sea por carambola<sup>6</sup>. Así no es la religión. La religión tiene fuerza si es religión verdadera. Entonces sí es valiosa, efectiva, trascendente, poderosa, fructífera y operante: es como mano de santo. No es eficaz de rebote, sino porque es verdad de la buena. Si no, es un triste consuelo.

5 MANN, Th., *Doktor Faustus*, Fischer, Frankfurt am Main 1990, pág. 7.

6 "Die Vorschriften für den Arzt, um seinen Mann auf gründliche Art gesund zu machen, und für einen G i h e r , um ihn sicher zu tödten, sind in so fem von gleichem Wert, als eine jede dazu dient, ihre Absicht vollkommen zu bewirken". Kant I., *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten. Ak. IV*, pág. 415.

4 SUPER, R. H. (ed.), *English Literature and Irish Politics*, AM Arbor 1973, pág. 161.

Tampoco es muy acertada la concepción de Mathew Arnold sobre el nudo de la ética. No voy a soltar yo ahora este nudo corredizo. Sólo diré de pasada, con una sentencia luenga, con una frase estirada de las que Hegel llamaba "frases especulativas", porque entre el fin y el principio encerraban todo un mundo de conceptos y de ideas sin dejar nada de fuste distraído u olvidado entre pausas y puntos, que la ética es el modo humano, distintivamente humano, de organizar en el tiempo, tenue telar retejido con textura de segundos donde se urde la vida, la biografía de los hombres, la novela de su vida como relato seguido en estilo primoroso desde el principio hasta el fin, sin interrupciones ciegas ni saltos en el vacío que transforman la existencia en una secuencia rota respunteada a empujones y una discontinuidad que produce esquizofrenia, y le permite vivir en el tiempo fugitivo de manera rectilínea, sin sucumbir a las modas ni depender de lo último, ni del flamante esnobismo –ni tampoco de lo viejo– y crecer y recrecer y acrecentarse y subir en ascenso espiritado, como nubes empinadas en busca del firmamento, hasta la meta elevada de su esencia inalcanzable, que es crecimiento continuo y desarrollado imparables y formación sin descanso, no tieso armazón de plástico, rígido y entumecido, inflexible y envarado –como barquillas hendidas carenadas en la arena antes de echarse a la mar que cambia por pura plata la luz que en el cielo brilla– sin energía potencial para renovar la vida y tenerla siempre joven, abierta a lo extraordinario, a lo nuevo y el futuro, sino estar siempre en camino a la busca de uno mismo y en pos de nuestro destino, que no es pasado ni ahora, que es insólito futuro: futuro siempre futuro.

## 6

La ética es el modo humano de estar viviendo en el tiempo y no sufrir los destrozos de su paso imperturbable. Es enfrentarse al futuro, no cancelar los proyectos: encarar el porvenir. Ya

habrá mejor ocasión de desarrollar la idea. Ahora sólo me interesa decir que no acierta Arnold cuando entiende la moral como "la idea de la vida" que nos presenta el poeta. Y no sólo porque el vate, como nos advierte Nietzsche, mienta y hable de boquilla y diga una cosa por otra, sino porque su vida rimada, conjunto de cualidades que debemos imitar –así lo cree Matthew Arnold–, no es siempre un modelo digno ni un ideal que imitar.

Y para colmo de errores, Arnold no acierta tampoco al descubrir al rapsoda. El juglar no es un trovero que nos recita doctrinas. Ni morales ni inmorales. Es un genio laureado con el laurel de la lira. Un inspirado con plectro, con musa y numen al que no oprime ni axfisia la disciplina del verso. Un agraciado con *divinis influxibus ex alfo*. "¡Ay!", dice Zarathustra al discípulo, "hay tantas y tantas cosas entre la tierra y el cielo, que sólo un poeta grande las hubiera imaginado". Imaginado y soñado, figurado e ideado, idealizado y pensado. Y esculpido con palabras que no se lleva el viento, ni desfallecen, ni mueren. "El poeta es el que funda", son palabras de poeta, "aquello que permanece" (Holderlin).

Ni la concepción marxista ni la de Matthew Arnold, u otras en la misma línea, como la de F. R. Leavis, expuesta punto por punto en un estudio esmerado sobre la novela de George Eliot, Henry James y Joseph Conrad<sup>8</sup>, descubren la unión angosta de la ética y el arte. No van por el buen camino. Andan a ojo y a tientas. Les falta una buena mano para acertar en el blanco. Se pierden en merodeos y abusan de circunloquios. Revelan ciertos aspectos de la alianza insondable del arte con la moral. Pero se olvidan de otros y arrinconan lo importante.

7 NIETZSCHE, F. *Also sprach Zarathustra*, ed., cit., pág. 33.

8 Cfr. LEAVIS, F. R. *The Great Tradition*, London 1968.

No está mal que el arte anime a plantar cara a lo injusto. Ni que conforte y consuele y dé presencia de ánimo. Pero tampoco está bien si se queda sólo en eso. La razón, clara como el resplandor de la aurora cristalina al dar su beso de luz a la mar amanecida –mar de las horas primeras, rosicler alboreado, mar de las primeras horas–, es que escamotea la vida. No hay ánimo ni consuelo para una vida marchita. Sólo la vida, que es justa da cara, no hurta el cuerpo: se arriesga a perder la vida porque la justicia triunfe. Sólo la vida llena, próspera, radiante, eufórica, pujante y fortalecida por la acción revividora de las acciones morales, levanta al que está caído. Los que se encuentran hundidos en el fondo del abismo sólo dan gritos de auxilio. La vida es piedra angular del arte y de la moral. Los dos sirven si le sirven y la sirven. Si la ética y el arte no rinden culto a la vida, para hacerla grande y buena, impresionante y hermosa, bella e incommensurable, y más libre cada día, son sólo entretenimientos. Entre el arte y la moral existe una unión estrecha, porque el objetivo de ambos es engrandecer la vida. Persiguen el mismo fin. Son como el mar y la arena: el mar se lleva consigo, arrastradas por las olas, a las arenas sumisas a lugares retirados para amontonarlas en médanos o en aguas de poco fondo, y la arena brinda al mar una gran orla dorada adonde viene a parar, cansado de andar sin rumbo, el extremo de las aguas. Cada uno de ellos va hacia donde el otro quiera. Ética y arte coinciden en cargar con la tarea de socorrer a la vida.

## 7

Voy a mostrar al lector en qué consiste el auxilio que el arte presta. ¿Qué ayuda puede ofrecer a la vida desvalida una actividad inútil? ¿Cuánto bien hace a la vida una gran obra de arte? Trasladaré las preguntas a los genios creadores para ver cómo responden. Empezaré comentando unos versos inflamados de Goethe,

el incomparable, Midas soberbio del verso. "Todo lo que toco al punto se me vuelve, entre las manos, en ligero poema. Maravillosas musas, no me opongo: mas no me transforméis a la amada, cuando está entre mis brazos, en leyenda"<sup>9</sup>. El poeta pide a gritos que no le roben la vida. Ruega a Euterpe y a Polimnia, a la musa de la música y a la de la poesía, que entre canciones y estrofas no le quiten a la amada, cuyos latidos de amor laten al son de los suyos, ni la conviertan en fábula. No quiere abrazar con fuerza cuentos, leyendas o mitos. Quiere estrechar una vida para decirle "mi vida".

El arte y la creación, por espléndidos que sean, palidecen a su lado. El vivir descuella siempre. Enhiesto como una vela dominante, excelso, encumbrad\*, mira con gran frialdad las maravillas del arte. Ningún menester poético ni tarea intelectual se equipara o parangona con los brazos de la amada, por cuyas arterias vivas fluye gozosa la vida. La vida supera al arte y el arte sirve a la vida. Entre los dos hay un vínculo igual a la unión que existe entre la vida y la ética. También ésta es para aquélla.

El genial Dostojevski, pensador y novelista que hostigó la gaya ciencia y el naturalismo iluso de unos tiempos descreídos, tampoco se queda corto. La vida y el arte corren parejos. Lo primero es el vivir. Él recorre señorial, o renqueando y a rastras, la senda de la existencia. Pero el arte es visionario. Tiene fantasía y visión para pintar el futuro y presentarle a la vida el incierto porvenir. El arte es el adivino, arúspice del mañana, profeta del porvenir. Ya no anda a tientas la vida de la mano del poeta. Nadie como Dostojevski supo ver antes de tiempo los horrores de su siglo y los desastres

9 "Mir, im ähnlichen Fall, gehts lustger; denn was ich/berühre,/ Wird mir unter der Hand gleich ein behendes Gedicht./ Holde Musen, ich sträube mich nicht; nur dass ihr mein/Liebchen,/ Drück ich es fest and die Brust, nicht mir zum Märchen/verkehrt." GOETHE, J. W., *Epigramme Venedig 1790*, Goethe J.W., Werke, Insel Verlag, Frankfurt am Main 1981, pág. 188.

del nuestro. Gran parte de sus novelas, sobre todo *Los demonios*, son claves para entender los excesos sanguinarios de nuestra centuria agonizante. No se equivocó al predecir los cien millones de vidas víctimas de la locura de ideologías delirantes<sup>10</sup>. Y acertó punto por punto en su negro vaticinio sobre el sombrío trofeo de unos tiempos descreídos: "una maquinaria muerta", cuya malicia perversa personifica en Nikolai Wsewolodowich Stavrogin, apta para sofocar la alegría de la vida y crear un mundo gris en que lo resuelven todo la economía y la política. Quien conoce a Dostoiewski está puesto sobre aviso. Su vida no marcha ciega. Cuenta con la luz del arte.

## 8

¿Es posible estrechar más la unión del arte y la vida? ¿No hay más modos de expresar la primacía del vivir y de mostrarle el camino? Por supuesto que los hay. Cuando Bécquer se formula la pregunta sin respuesta sobre el ser de la poesía –"¿Qué es poesía? me preguntas / cuando clavas en mi pupila tu pupila azul", no encuentra nada mejor que igualarla con la vida: "¿Y tú me lo preguntas? / Poesía eres tú". El gran arte es la existencia. Poetizar es vivir. Si poesía eres "tú", una vida irrepetible, única e inigualable, algo nuevo bajo el sol, entonces ya no es quimera. Al elevarse a la altura en que se iguala a la vida, la poesía es realidad. Si "tú", ser sin igual, sin doble e inimitable, realidad personal alejada de abstracciones, eres poesía, la poesía en tinieblas, inconsciente de su ser y del destino inquietante de los sentimientos líricos, toma conciencia de sí. Ahora sabe que eres "tú". Pero el "tú" sabe también nuevas cosas de la vida. Ahora sabe que, al vivir, lo cambia pro-

fundamente la alquimia de la poesía. Nuevas zonas de vivir, regiones desconocidas de la existencia insondable, dimensiones de la vida inéditas, sin estrenar o escondidas, salen a la luz del sol. La vida es mucho más vida, vivida como poesía. Así sirve a la existencia: haciéndole saber quién es y haciéndole vivir más.

¿Por qué hay que vivir más? ¿Cómo es que el hombre", pregunta atónito Holderlin, "quiere tanto?". ¿Por qué es un inconformista que no se da por contento? ¿Por qué no se amolda o adapta? ¿Por qué pide hasta la luna? Porque es un ser portentoso, potencialmente infinito. Un dios humano –*humanus enim Deus*– lo llama Nicolás de Cusa. La voluntad de los hombres es la apertura inicial del espíritu fecundo. Está abierta a lo infinito. No se conforma con menos. La inteligencia prolífica, un poder inextinguible de hacer suyo y poseer verdades y más verdades, no se colma ni abarrotta. Jamás llega hasta los bordes. Está vacía y dispuesta para más conocimiento, aunque acumule saber.

Las tareas de la vida han de ser interminables. A mí me faltan palabras para expresar esta idea. Tomaré algunas prestadas, salidas, naturalmente, de la pluma del poeta. "La razón y la ciencia", dice Dostoiewski, "son el agua siempre corriente de la vida [...] de cuyo agotamiento tan terriblemente advierte el Apocalipsis. Se trata de un impulso estético, como lo llama el artista, o de un impulso moral, como lo llama el filósofo. Yo lo llamo sencillamente así: búsqueda de Dios. Si no se embarca al vivir en proyectos de futuro interminable que sea siempre futuro y no se "desfuturice"–, nos sobreviene el hastío. El hastío es el cansancio, sin motivo ni razón, del ánimo insatisfecho. Es emoción tenebrosa de descontento vital. Sentimiento atribulado de que no se ha alcanzado el fin. El color de la existencia para el hastiado de todo es un deslucido gris. El mundo entero es para él un ámbito de indiferencia.

10 Cfr. DOSTOIEWSKI, F., *Los demonios*, en *Obras Completas*, Aguilar, Madrid 1982.

11 *Ibidem*.



No es una tarea fácil contentar a la vida. El vivir rebasa siempre a todo lo ya vivido. La vida puede vivir más y más hondamente en un proceso sin término. Por eso nos aburrirnos cuando vivimos muy poco. Cuando lo vivido no da la talla, no está a la altura de la capacidad de vivir, la vida da un grito roto pidiendo vivir más. Ese grito es el hastío: un chillido desgarrado de protesta acalorada contra todo lo que hay. Cuando lo que hay es poco, es imposible vivir muchas zonas de la vida. La rebelión de la vida contra el vivir insuficiente es el aburrimiento, primer peldaño de la tristeza vital, sentida petición de más. El arte puede atender la súplica de la vida. Redimirla es su tarea. Desde este punto de vista, el arte es muy semejante a la moral y a la ética.

## 9

Quien más claramente ha visto la función vital del arte es un artista grandísimo, que niega, curiosamente, que haya el más mínimo enlace entre el arte y la moral. Me refiero a Oscar Wilde. Oscar Wilde no cree que el arte imite a la vida. Sostiene, contra la corriente, que la vida imita al arte. "La niebla no había existido", dice extrañamente Wilde, "hasta que no la pintó el pincel extraviado del pintor impresionista". ¿No es una idea estafalaria ese pensamiento raro? ¿No es extraño y singular y estrambótico y fantástico decir que la realidad ha de esperar para ser a que el arte diga *fiat*? ¿Nos hallamos en el borde del capricho y la rareza?

si miramos con lupa y examinamos despacio lo que quiere decir Wilde. No cabe la menor duda de que lo real va delante. La realidad, la vida o la naturaleza, es siempre lo primero. Nada es primero que "tú", que "la amada entre mis brazos", que "el fantasma del beso delincuente", que "el raptor intrépido de un beso", que la llama inextinguible del corazón

traspasado—"no apagues, por Dios, la llama que arde dentro de mí"—, que el asalto virulento de un dolor que me destroza, que la nostalgia profunda de los crepúsculos largos, que la mar embravecida —o en calma azul o de plata—, que la esperanza profunda, las ilusiones perdidas o el trabajo fatigoso. Esas cosas, cualquier otra realidad, serán siempre lo primero.

Bien. ¿Pero, y si no existe un "tú" para mí, y desconozco el amor, y la belleza de un beso, y el corazón inflamado, y el sufrimiento interior, y la tristeza añorante de un atardecer de pena, y la extensión infinita asfaltada de oleaje donde la luz se remece abrazada por la espuma, y el bastón del caminante, empleado por Péguy como símbolo de la esperanza, blando, flexible y de caña para andar por los caminos y forjar grandes proyectos y no encontrar en la vida, como nos advierte Dante, nada más que selva oscura, y la ilusión soñadora para embarcarse en tareas, y el esfuerzo sostenido para ganarse la vida? Entonces da igual que exista.

La realidad es primero. Pero si no la descubro y permanece ignorada, es algo que yo no vivo. Mi vivir no se enriquece si no asciende y se renueva, conquista la libertad y vive lo mejor. ¿Puedo redondear la existencia si me quedo en la envoltura sin sondear lo profundo? ¿Dejando sin estrenar sus mejores dimensiones? Cuando damos al vivir las mismas cosas de siempre, transformamos la existencia en uniforme rutina. En un eterno retorno de un acontecer monótono. Flamante queda la vida, sin usar, principiante, naciente, cuando no vive experiencias aptas para transformarla de los pies a la cabeza. El potencial de la vida es inagotable. Si lo vivido no tiene vivencias de gran hondura, significados de fondo, interminables y eternos, la vida se vuelve gris, insustancial y anodina. Falta de expresión y gracia y sin nada de interés. La vida se vuelve sosa. No hay noticia más alegre que sentirse convocado a ser la sal de la vida.

## 10

El arte puede, a su modo, de manera sólo estética, embelleciéndolo todo "en una inmensa misericordia", desencarcelar la vida. Es capaz de presentar, al clarear cada día, regiones sin estrenar de la vida inagotable para vivir sin hastío. La vida imita al arte —o el arte sirve a la vida— porque le enseña a vivir. La niebla ha permanecido ahí desde el principio del tiempo. Pero no supimos verla hasta que la mano artífice del pintor impresionista nos enseñó a descubrirla con unos trazos estéticos que le dieron "nueva vida". Rosanna ama a Cristian cuando el poeta allamorado, Cirano de Bergerac, le presta sus palabras. Cristian debe ser rescatado de su existencia anodina con palabras de poeta. Por eso dice Cirano, entre lágrimas de pena por su figura grotesca, esta frase inigualable: "Aunque lo ha besado a él, sé que besa mis palabras".

"El hombre", dice el sorprendente Nietzsche, "es un puente y no un destino" ("*eine Brücke und Kein Zweck*"). Es presagio y es promesa. Ha sentido desde siempre su corazón dividido. Solamente adivinaba que en su entraña se libraba la lucha entre el bien y el mal. Dostojewski ha rescatado esta verdad presentida y la ha llevado a la luz. Sonia o María Timoféievna dan vida a esta verdad: el corazón de los hombres es el campo de batalla entre el buen Dios y el diablo. Desde entonces no es opaca esa realidad vital. El arte la ha rescatado de la oscuridad cerrada. E igual hace con la esperanza, con el dolor o la lucha, la nostalgia y el temor, la tristeza y la alegría, la rabia, la confianza, el amor o la paciencia. El arte enseña a vivir de manera ennoblecida, grande, esplendorosa, bella, todas esas realidades.

El arte arroja su llamarada de luz, relámpagos blancos e intensos de resplandor luminoso, sobre la gris realidad para hacerla acogedora. Embellecer significa indulgencia y com-

pasión. Obra de misericordia con la realidad opaca y con la vida anodina. Hacer el mundo habitable, y la vida más humana, y la existencia efusiva: he ahí la tarea del arte. "El arte hace posible el paso de la monotonía opaca a la novedad radiante, el arte ilumina dimensiones de la realidad aun no estrenadas"<sup>12</sup>. Así refuerza la vida. Así la entona, conforta y rejuvenece. Así le da una potencia que le hace vivir más, más alta y más hondamente, y la ayuda a no ser presa del hastío corrosivo. El tedio inunda la vida cuando lo vivido es poco. No resulta nada fácil saturar la capacidad de vivir. Pero cuando es poco lo que se vive, y la vida queda inédita, apenas sin estrenar, sucumbe a la monotonía. Entonces lanza un alarido fuerte pidiendo, con todo el corazón, más. Esa exigencia de más, es una queja sentida, un descontento amargado, un alboroto del pecho, un grito de la voluntad, un revuelo del espíritu, un desacuerdo del alma, con lo que hay que vivir. Cuando la capacidad del vivir, con un vivir ascendente y pendiente del futuro, que es el tiempo de los seres hechos para ser felices—felicidad es el "estadio de equilibrio preferido" por los seres libres—, se trunca o recorre sólo sendas vanas de la vida; cuando no se la apura ni se le da un acabado que lo corone y complete que haga de ella una escultura magistral y conseguida— se declara con tormento que no basta con lo que hay. ¡Que se quiere vivir más! La declaración de insuficiencia contra lo que hay que vivir, contra todo lo que hay — contra lo poco que hay—, procede de la nostalgia. Es el anhelo de vida el que pide más y más.

¿Cómo colmar ese anhelo? ¿Cómo vencer la nostalgia de una vida más completa? ¿La añoranza de la ausencia, no de la patria lejana, sino de vivencias hondas? ¿La tristeza cabizbaja por la pena de un vivir sin aliento espiritualizado en busca de lo más alto? Con un bien imperecedero, inmaterial, infinito. El pensamiento teológico,

12 CHOZA, J. *La supresión del pudor y otros ensayos*, Eunsa, Pamplona 1980, pág. 63.

y también la filosofía, lo llama gozo y posesión de Dios. "Lo único que puede hacer enteramente feliz al hombre es la posesión de Dios, gozar de Él, porque Dios es un bien espiritual, incorruptible, eterno, y además infinito, que colma todos los anhelos del corazón humano"<sup>13</sup>. Se terminaron para siempre la nostalgia y la tristeza.

Pero el arte también puede, de manera sólo estética, desparramando belleza que redima la existencia de su vivir anodino, ayudar a vivir más. El arte abre cauces de vida por los que fluye el vivir. Ensancha el lecho de la existencia para que corra por él la amplia capacidad de la vida. Nos ayuda a renovarnos. Y renovarse es vivir, "Creación artística es, por tanto, posibilidad de 'más vivir'. .. para cualquier persona en cuanto que se le muestran dimensiones de la realidad en las que no había reparado y, en consecuencia, no las había 'vivido'. Este es el sentido común que tienen las expresiones 'la vida imita al arte', 'el arte redime lo real, lo hace habitable' ..., 'el arte potencia la vida, la amplifica'. El arte puede descubrir nuevos modos según los cuales son también habitables o 'vivibles' el dolor y la lucha, la nostalgia y la esperanza, el amor y la muerte... el arte ha descubierto cauces para *vivir lúcidamente* lo que oscuramente se vivenciaba; ha posibilitado el paso de la monotonía a la novedad radiante"<sup>14</sup>. El arte es como la ética: los dos sirven a la vida.

## 11

La mar tiene siempre un rostro nuevo. Ya cambia su faz risueña, lapislázuli ondulado donde la luz se cobija, por un semblante dantesco de montañoso oleaje, con humor de color gris y enrabiado de espuma, sobre el que la nave frá-

<sup>13</sup> POLO, L., *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, Unión Editorial, Madrid 1996, pág. 111.

<sup>14</sup> CHOZA, J., op. cit., págs. 66-67.

gil flota a merced de los vientos sin mando ni dirección; ya refleja en el espejo de sus aguas cristalinas, donde los resoles tejen irisaciones violetas, la luz ensobrecida de los rayos bienhechores; o se oscurece de bruma, o se ensombrece de calígene, o se apaga ennegrecida y se resiste a la luz y se entrega a la penumbra; ya da abrazos sinuosos con unos brazos azules como turquesas pulidas a los cantiles tajantes, o arremete embriagada con golpes de agua arrollada que se deshace de espuma contra el litoral dorado y enguijarrado de arena; ya recibe el sol diáfano amaneciendo tras los montes entre bostezos rientes de delicias hialinas, o despide al sol poniente con un aire melancólico de tonalidad morada. La mar es madre nutricia de incomprensibles sorpresas. Llena está de novedades. Pocas veces se repite. A los ojos embobados de mirar y remirar su identidad cambiante les ofrece siempre algo nuevo. La mar es siempre la misma, la mar muda sin parar.

Lo mismo le pasa al arte. El arte fuerza las cosas a descubrir sus tesoros. Saca a la luz sus secretos. Cosas antes ignoradas, aspectos desconocidos, dimensiones clandestinas, se nos ofrecen de pronto, por un acto redentor, como realidad radiante. La belleza transfigura, en un acto de piedad, la opacidad de las cosas. Las baña de luz radiante para que podamos ver algo siempre nuevo en ellas. Alfaguara de lo nuevo, hontanar de novedades, fuente de más y mejor: ésa es la función del arte. Así es como sirve a la vida. En eso es como la ética.

## 12

Cuando no asoma lo nuevo en el espacio vital, nuestra existencia se anubla. Cae en el tedio pavoroso que todo lo siente igual: siempre lo mismo de siempre. Sin novedades radiantes – y viviendo lo antiético – la vida se desespera. Eso le pasa a Mercurio, el personaje de Shakespeare.

El festivo personaje, jocosos, decididos, bromistas, se desespera por dentro. Disimula el descontento de vivir siempre lo mismo, desesperación amarga por no encontrar nada nuevo, con la búsqueda frenética de aventuras excitantes. Se toma la vida a risa y muere entre carcajadas mientras un rictus amargo le descompone el semblante. Quien no encuentra "lo diverso" – así es como algunos clásicos de nuestro Siglo de Oro entendían la "diversión" – se entretiene en distraerse. La manera es lo de menos. Estrujando los momentos –*carpe diem*– para que den más de sí, o pidiéndole al placer, a la manera de Nietzsche, que se alargue y se haga eterno, o pidiendo a los instantes –“*deténte*, instante, eres tan hermoso”<sup>15</sup>– que se paren y no sigan, tomándose todo a broma o entregándose patéticamente a un trabajo enajenante. "Hay que trabajar", confiesa desazonado Baudelaire, "si no por gusto, por desesperación. Ya que, en resumidas cuentas, el trabajo es menos aburrido que el placer".

El arte, como la ética, ayuda a renovar la vida. Le hace descubrir lo nuevo, que no es el último grito, ni lo que se lleva puesto ahora, ni la moda del momento, ni estar identificados como un esnob elegante con las cosas que se estilan, ni conformarse sin más con los tiempos que ahora corren, sino lo no gastado y mejor. Nuevo no es lo que no envejece y da siempre más con los tiempos que ahora corren, sino lo no gastado y mejor. Nuevo es lo que no envejece y da siempre más de sí. Los cuartetos de Beethoven, un *nocturne* de Chopin, el concierto para dos violines en sol menor de Vivaldi, son muchísimo más nuevos que los discos de Sex Pistols: un grupo ya revejido que siempre ofrece lo mismo. Nietzsche es más nuevo que Vattimo, Platón mucho más que Sádaba.

Lo nuevo no es la mudanza. Ni el mariposeo inconstante. Es lo que da siempre más. Si lo

mismo –el *Quijote* de Cervantes, el *Adagio* de Albinoni, el *Gloria* del gran Vivaldi, la *Träumerei* de Schumann, el *June* de Tchaikowski, las obras de García Márquez o la *Metafísica* de Aristóteles– encierra dentro de sí novedades no gastadas –verdad y belleza nuevas– que se descubren despacio en un proceso constante de mejoramiento estético y de progreso teórico y de perfección moral, entonces es siempre nuevo. Y no es nuevo por ser distinto, sino por dar más y más.

Nueva es la verdad auténtica. La verdad es inventiva. Es como un pozo sin fondo en el que el que busca encuentra. Hasta la más evidente permite ahondar, da de sí, se estira, rinde y produce. Por disecar las verdades fracasa el racionalismo. La verdad clara y distinta, como la quería Descartes, es verdad amojamada. Tan evidente la quiere que la adelgaza y arruga hasta hacerla transparente como lonchas de jamón que uno come y no se entera. Las verdades cartesianas se pueden ver y tirar, pero no empozarse en ellas como en abismos profundos en busca de novedad. Son verdades sin secretos: no encierran ningún misterio. Nueva es la belleza pulcra, tan esquiva y desdeñosa. El artista la persigue en un esfuerzo constante de renovación estética. Pero no la agota nunca. De igual modo que es posible hallar siempre más verdad, profundizando y ahondando, cabe encontrar más belleza continuamente trovándola. Esa es la misión del arte: surtidor de novedades. Lo más nuevo, la Novedad, es el Ser Eternamente Nuevo. Dios es el Ser Siempre Nuevo.

Lo nuevo produce asombro, nos llena de admiración, lo nuevo rejuvenece, a lo nuevo se le adora. El que adora rinde culto trasvasando a manos llenas su vivir a lo adorado. Casi todo es adorable. "Un poeta, por ejemplo, puede *adorar* una flor: 'De rodillas mortal: aquí hay violetas'; una madre puede *adorar* a su hijo y hacerle fiestas,

15 GOETHE, J. W. *Faust*, ed. cit., Vers 1699.

un adolescente puede adorar a una chica, y cualquier persona puede adorar a Dios"<sup>16</sup>. El arte, que es lo que me ocupa ahora, enseña, pues, a adorar. Y si adorar significa un trasvase de mi vida a la realidad que adoro, mi vida ha de **estar** llena. Tiene que ser vida joven, que espera lo inesperado, que "entre la aurora y la **aurora**"<sup>17</sup>, como dice el ebrio **Nietzsche**, inaugura novedades, que se sor-

prende y admira, se entusiasma y maravilla, para transfundir su vida y dotar de un vivir nuevo, el que estrena el hombre joven al amanecer del día, a otras personas y al mundo. El arte, como ya he dicho, amplía el cauce del vivir. Es fuente de juventud con que pasmarse de asombro y descubrir novedades y adorar a lo adorable. Sirve, igual que la ética, para que la vida crezca.

---

16 CHOZA, J., op. cit., pág. 59.

17 "Zwischen Morgenröte und Morgenröte kam mir eine neue Wahrheit".  
**NIETZSCHE**, F., *Also sprach Zarathustra*, ed. cit., pág. 22.